

QUÉ MÁS PODRÍA SALIR MAL?

Por: Beatriz Eugenia Vethencourt Ascanio

Capítulo 1 El Baile.

Eran las 10:00 pm del viernes por la noche. En una esquina del salón de usos múltiples del San Ignacio de Loyola, estaba parada observando como todos los presentes, fuesen hombres o mujeres, no podían evitar la tentación de voltear a mirar hacia donde estaba con mis tres amigas. No necesitaba verificar la dirección exacta en la que se enfocan todas las miradas; lo sabía de facto; en María Teresa. Todos excepto 4 hombres que nos daban la espalda. Nuestros hermanos. Mi vista se concentraba en mis otras amigas, Sophie y María Gabriela. Mentalmente hice la acotación de la situación, a la vez que la imagen de las 4 arreglándonos para ir a la fiesta de graduación de la promoción anterior a nosotras, se presentó en mi mente. Mi vestido lila todavía estaba guindado en el perchero mientras peinaba a María Gabriela y Sophie maquillaba a María Teresa. *“Todas somos hermosas”* Sonó la voz potente y autoritaria de María Teresa que sentía rabiar porque nos menospreciáramos. En ese momento pensé que éramos muy afortunadas en tenernos las unas a las otras e inmediatamente la imagen de nuestros hermanos invadió mi mente.

Algo tramaban y no podía ver qué era. Ciertamente su aspecto era galante por no decir bonito, pero una idea se apoderó de mis pensamientos, una idea con el tono de Sophie *“Pero, ¿Por qué ellos tenían que venir también?”* No pude contestar, solo moví mi cabeza en signo de negación y me dediqué a distraerme en otros pensamientos menos agresivos, que comenzaban a formarse en mi cabeza con el tono de María Gabriela. Tuve que entrar al baño para no escuchar nada más y no dejar que mi fuerza actuara por sí misma. Me refresqué el maquillaje mientras ponía mi mente en blanco. Al salir descubrí que Sophie y María Gabriela bailaban con sus

respectivas parejas y parecían más que encantadas. *“Por lo menos ellas están felices”* Soltó la voz de María Teresa con un suspiro de nostalgia en mi cabeza. Le dediqué una mirada entre comprensiva y de lástima. Desde hacía mucho que ella estaba enamorada de mi hermano Mario, pero él al parecer le era indiferente y la veía como una niña todavía. Me entristecía ver todas sus ilusiones y ver que Mario ni volteaba a verla. Ella me devolvió la mirada y estiró sus manos hacia mí para que las tomara. Estando así decidí hablar en voz alta porque sabía que solo así se tranquilizaría y además no se vería tan raro:

-¡Ay Mari Te! ¿Qué hacemos contigo?-

-Pueden dejarme ir y quedarse. ¡De qué vale que te crean hermosa si el que quieres que lo haga te ve como una niña!- Me respondió dolida. No la culpaba. A ella no realmente.

-¡NO!- Le solté yo molesta por su actitud derrotista y además por qué no pretendía QUEDARME SOLA- Vamos hacer una cosa, yo voy a buscar unos refrescos, nos los tomamos y si después todavía te quieres ir, nos vamos tú y yo. ¿Te parece?-

-“Sí”- Me contestó su voz mental.

Caminé hacia la mesa en donde el Prof. Rodrigo Herrera vigilaba que nadie se pasara de listo con las bromas. Saludé al Prof. de Química Orgánica y le pedí el favor de que me pasara dos coca-colas. Me sonrió con agrado, en el Colegio San Ignacio de Caracas, los 8 somos conocidos por nuestras buenas notas, nuestros conocimientos científicos y mecánico-motrices. Personalmente, no veía la hora de ver química orgánica con el Prof. Herrera, y este pensamiento mío tenía eco en la cabeza del profesor: *“Espero pronto darle a clases a la segunda generación de extranjeros fantásticos”* No soportaba el sobrenombre pero eso era lo que éramos. Mientras esperaba los refrescos, se me acercó un joven muy apuesto: cabello corto y color castaño claro, ojos verdes, alto y con músculos bien definidos. Nunca antes

lo había visto, sin embargo sentía cierta familiaridad en él. Con una sonrisa torcida que me intrigó, estiró su mano para saludarme:

-¡Mucho gusto mi nombre es Manuel Johnson!-

-Mucho gusto Manuel yo soy Marie Affinge!- Estiré mi mano en respuesta.

Estaba halagada y extrañada. Pero fue aún más reconfortante escuchar como un rugido “*¡Marie! ¡Qué bella eres!*” con su tono de voz. Me sonrojé, no por su mueca en respuesta, que era tan elocuente como su comentario mental sino por el comentario en sí. Siempre la belleza del grupo había sido María Teresa y todas estábamos acostumbradas a eso, no la envidiábamos ni nada parecido. Lo únicos comentarios parecidos, provenían de los pensamientos de mis padres o mis amigas. En fin ningún observador imparcial de mi aspecto físico. La voz de alguno de los muchachos estaba realmente colérica, pero asumí que era mi hermano que trataba de protegerme. Así que lo ignoré por mucho que gritó. El Prof. Herrera, que regresaba ya con los refrescos dijo:

-¡Ah, Marie, veo que ya conoces a mi nuevo asistente para el próximo año en Química Orgánica!-

-¿En serio?- Pregunté sorprendida. Guapo e inteligente. No pedía más.

-Sí, es parte de una investigación pre-tesis con la UCV.-Contestó complacido de haberme impresionado.

-Entonces ya eres universitario. ¿Eres investigador?- No conocía a otros aparte de los muchachos que ya trabajaran en la universidad como asistentes.

-Sí, en el campo de medicina genética- Me respondió vanamente.

-¿Desde cuando eres investigador?- Pregunté para entablar una conversación.

Pero algo cambió. No pude escuchar la respuesta de Manuel, porque el tono histérico de María Teresa “*¡Por Dios, Mari E! Es un encanto*” cesó. Solo sentí su nerviosismo al ver como unos jóvenes con pasamontañas negras, la rodearon y uno de ellos la tomó entre sus brazos cual si fuera un saco de verduras y se la llevó en el hombro por la puerta principal. No podía creer que llevaran sus bromas a ese extremo.

Aquello que habían estado ocultado toda la noche por fin se volvió cristalino. Sabía que tratarían de molestarnos, nuestros hermanos siempre han sido así; pero raptar a María Teresa para sacarnos a todas, ya era demasiado. Mi furia estaba al tope cuando volví la espalda para dejar de ver los ecos del rapto y ver la ejecución del mismo. Tenía todavía las dos latas de refresco en mis manos, que en un gesto inconsciente terminaron estrelladas sobre el duro abdomen de Manuel. Él las recibió, no le quedó de otra y yo dije sin verlo:

-¡Discúlpame ya vuelvo!-

No le di la opción de rebatirme la huída, aunque ya en su cabeza se formaban buenas ideas y estoy segura que hubiese aceptado de no tratarse de mi amiga. Sophie y María Gabriela ya caminaban en mi dirección con la misma molestia en las caras y los mismos gritos fúricos en sus cabezas: “*¡IMBÉCILES!*”. Al cruzar la puerta de vidrio del salón, noté que Manuel no me quitaba la mirada de encima, me veía en la salida, caminando, casi corriendo, taconeando y el ritmo del vestido lila que crujía, media espalda descubierta con el moño del cabello todavía en su sitio. Admiraba mi estilo molesto. Acababa de notar la fuerza con la que le pasé las latas de refresco y pensó “*¡Vaya fuerza que tienes!*” Me morí de la vergüenza. Mis otras amigas se voltearon hacia mí con la misma expresión que yo hacía unos minutos le había dedicado a María Teresa. Eso me recordó su estado anímico. Nos vimos las otras tres, y establecimos el

contacto con ella para descubrir que quién la lleva en el hombro no era otro sino mi hermano; Mario. No estaba intranquila, había entendido lo que pasaba en cuanto su hermano, Alfredo dijo *“Sí lo que quiere son cumplidos, eso puedo hacerlo yo”* No sabía a quién se estaba refiriendo pero reconoció su fuerte tono de tenor. Había hecho las conjeturas con respecto a Mario, porque le soltó por respuesta *“¡Ya déjala Alfredo, nos ocupamos de eso después, tengo a Teté, ya vámonos!”* Ella podría reconocer su voz entre miles. Para nosotras tres no había gran diferencia entre las voces de nuestros hermanos, pero ella si hacía la conexión. Sin embargo, cuando escuchamos el ridículo sobrenombre que le había puesto Mario a María Teresa, también conocimos la identidad del secuestrador. Estaba extasiada, porque Mario la tocaba, su tacto era firme pero tierno, era obvio que estaba dispuesto a no dejarla caer, pero no quería hacerle daño.

María Gabriela estaba asqueada y se lo hizo saber *“¿Eres estúpida o te la das de? ¡Te sacan del baile y a ti solo te preocupa que el troglodita mayor te esté tocando!”* Traté en vano de no reírme tanto física como mentalmente. Fue imposible. Solté la carcajada en cuánto sentí la molestia de María Teresa. Para mi alivio Sophie estaba en el mismo plan. María Gabriela solo hacía morisquetas para molestar más a nuestra amiga raptada y lograr que se bajara del hombro de Mario y poder así terminar con esta payasada creada por nuestros hermanos. Ya estábamos a unos pasos de alcanzarlos cuando Sophie soltó *“Y además trajeron la camioneta del laboratorio.”* Yo inmediatamente supe lo que eso significaba. Pero María Teresa corroboró mis peores temores *“Van hacer que usen mi carro y las van hacer correr” “No me agradan para nada”* Contestó María Gabriela. De repente María Teresa fue introducida en la van y ésta arrancó. Lo extraño fue que arrancó dejando a los cuatro raptos atrás. Me angustié porque no podía escucharla. Y la angustia se magnificó cuando todos perdimos la conexión con ella.

Mis cuentas tenían que estar mal, a pesar de que sabía que eso era imposible, los números nunca fueron un problema. Contaba cuatro hombres enmascarados. “¿ALFREDO?” Fue el grito colectivo de los muchachos. Se quitaron los pasamontañas. Era cierto, la broma se les había salido de las manos y ahora María Teresa iba en nuestra camioneta blindada y modificada a nuestros caprichos científicos. Lo que significaba que no había conexión posible. Al atar cabos, comenzamos a correr. A pesar de no tener todavía los 17 años, era más rápida que mis otras amigas y podía correr a la par de los hombres. Perseguíamos la camioneta beige por una de las calles más importantes de la Gran Caracas, La Castellana. Adelanté a mi hermano y sus amigos, aceleré el ritmo mientras las lágrimas me cegaban la vista de profundidad. Estaba a unos pasos de alcanzar la van, cuando no vi un agujero en el cual mi tacón izquierdo se quedó trabado. Caí de bruces al concreto de la acera. Me decepcionó no poder cumplir con mi misión por dejar que mis emociones me nublaran las ideas. Lo más sensato hubiese sido correr sin tacones. Lloré sobre mis brazos, tapando mi cara. Pocos segundos después, los muchachos ya estaban allí. Aunque se sentían tan derrotados como yo, estallaron en risas. Los dos tipos de risas acabaron con mi paciencia. Me levanté ya descalza y les mostré mis intenciones, quería darles caza. Corrí primero hacia el último en cumplir años, el que todavía no manejaba sus nuevos poderes por completo: Marco. No fue difícil, lo tumbé por la espalda cuando le salté encima y mi impulsé en él hacia el tercero, Stephano, a él solo tuve que tomarlo por el cabello y al suelo. Iban dos, faltaban dos. Alfredo estaba provocándome, haciendo amagues físicos y mentales. Con él decidí cambiar de estrategia. Me acerqué y mostré una bandera blanca mental. Él freno sus amagues y bicicletas futbolísticas; que estando en otra situación, habría adorado su despliegue de habilidades de crack del fútbol; para ofrecerme una tregua. Mi hermano se acercó para hacer lo mismo. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, impacté mis puños contra sus

abdominales. “¿¡AHORA SÍ, TREGUA MUCHACHOS LES PARECE BIEN!?” Les grité mentalmente, mientras me sacudía y jadeaba de la rabia por fuera.

-¡Tregua!- Corearon los cuatro muchachos derrotados.

Todavía en el piso, Alfredo suspiró y dijo:

-¿Qué más podría salir mal?-

Capítulo 2 Los Extranjeros Fantásticos.

-Creo que no quiero pensar en esas probabilidades amigo mío- Le contestó Marco ayudándolo a levantarse.

-¡Vaya paliza que nos diste hermanita!- Comentó mi hermano poniéndome una mano sobre el hombro. Estaba demasiado desconsolada para apartarlo con movimientos bruscos.

-Entonces los Extranjeros Fantásticos vamos a entrar en acción para salvar a una de los nuestros ¿No?- Expresó Stephano.

“Sin duda alguna” fue la respuesta mental unánime. Y otra vez el estúpido apodo de “EXTRANJEROS FANTÁSTICOS” Pero en ese momento ni me molesté en discutir con Stephano por eso. Estaba demasiado abatida y cansada como para gastar las energías que necesitaría para rescatar a María Teresa. Todos sintieron mi abatimiento y antes de que pudiera siquiera tratar de llorar, Sophie y María Gabriela ya estaban a mi lado abrazándome y yo a ellas. Nos reconfortábamos las unas a las otras como siempre lo habíamos hecho, pero esta vez faltaba un miembro del cuarteto.

Regresamos al estacionamiento del Colegio para recoger los carros e ir a prepararnos. Cercano al sitio del rapto, había una camioneta beige parecida a la nuestra. Después de inspeccionarla, decidimos cambiarnos, usarla y modificarla para rescatar a nuestra amiga. Stephano descubrió la araña negra característica del partido Nazi. No necesitamos más pruebas para entender que esto no era un secuestro Express, tan famoso en Venezuela. Entendimos que esto se trataba de nosotros, nuestros padres y nuestros poderes.

Nuestros padres son científicos genetistas exiliados. Eran un equipo de diez personas, cinco parejas,

integrado por los gobiernos de Alemania, España, Estados Unidos, Italia y Francia. Trabajaban en una investigación de la Naciones Unidas, para incrementar las habilidades físicas y mentales. El experimento constaba en el aislamiento de determinados genes que al mutar, incrementaban las actividades físicas y mentales. Estos genes eran extraídos del ADN del individuo, modificados y luego reinsertados a modo de suero en la persona estudio. La investigación arrojó que la modificación genética en adultos era poco segura en cuanto a desarrollo máximo. El cerebro adulto promedio alcanza un 10% de utilización en simultáneo. Albert Einstein, el más grande científico Alemán de la historia, solo utilizó un 15% de su cerebro en simultáneo. Bajo esta premisa, los científicos no podían prometer los resultados que buscaban. Concluyeron que la mejor forma de garantizar los resultados planteados, sería manejando el código genético de los individuos de estudio desde la fecundación del óvulo hasta el nacimiento de los fetos. Las mujeres ofrecieron sus propios óvulos y los hombres sus espermatozoides para lograr el traspaso de su propio material genético. Aislaron y modificaron el material genético que querían incrementar, al igual que añadieron características físicas propias, como también incluyeron el gusto y buen manejo científico-mecánico, por último colocaron la información en los espermatozoides y en los óvulos. Se experimentó con diez óvulos, dos por pareja, esto con la finalidad de observar los diferentes aspectos entre individuos. Una vez fecundados, los primeros óvulos fueron implantados en los vientres de las mujeres. El monitoreo fue constante. Pero al pasar el tiempo las mujeres desarrollaron el instinto maternal y dejaron de ver a los fetos como tales sino como bebés. Los hombres trataban de mantenerse firmes en la observación del experimento, pero no pudieron resistirse al encanto de los embarazos de sus esposas. La manipulación del sexo de los bebés fue parte del experimento, puesto que sospechaban una diferencia de fuerzas entre sexos. Los primeros cinco bebés serían varones y los otros cinco